

NARRATIVA E INTENCIONALIDAD EN LA ESCRITURA DE LA HISTORIA

Guadalupe Matus
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

I

La revisión de cualquier concepto, acontecimiento o conjunto de hechos en la historia (tanto su aparición como su desarrollo) puede realizarse desde distintos enfoques: por un lado, una lectura histórica desde la continuidad, en la que se remontan los orígenes históricos a sus raíces más remotas en busca de legitimidad y de una justificación *cuasi* mitológica o sacra; y, por el otro lado, la lectura de la historia que apunta a la ruptura o la discontinuidad y por lo tanto a la idea de un origen alejado de la nobleza que brinda la trayectoria de un pasado inaugural. En consonancia con esto, debe decirse que no hay una historia —de cualquier concepto político, estético o filosófico—, sino “historias” de los conceptos. Esta afirmación, aunque problemática, permite explorar algunas cuestiones teóricas que se derivan de un enfoque legitimador y otro enfoque que apuesta por la discontinuidad.

Que un concepto sea histórico tiene numerosas implicaciones, ¿qué significado tiene esta afirmación?, ¿qué es lo que se quiere decir cuando se afirma que un concepto político o estético es un concepto producido y madurado en la historia? Lo primero que hay que reflexionar para brindar respuesta a estas preguntas —y para dar contenido al adjetivo “histórico” asignado al tipo de conceptos políticos, estéticos, filosóficos o

de cualquier índole— es la misma idea de historia. Sin pretender alcanzar una “definición” de historia y sin la intención de agotar los problemas de la “filosofía de la historia” —sobre la que muchos historiadores mantienen un justificado escepticismo—,¹ o los debates que la teoría de la historia y que la historiografía se plantean, es preciso examinar, por lo menos, algunos de los problemas de la “historia” a los que el historiador se enfrenta cuando construye su objeto, es decir, los elementos que tiene en consideración para su investigación histórica, así como las preguntas y ambigüedades que estos conllevan.

II

La pretensión de numerosos historiadores de lograr la construcción de una “verdadera historia” conduce a la pregunta sobre los alcances y los riesgos de hacer una revisión selectiva de la historia. El primer problema de la producción histórica que debería revisarse es su arbitrariedad. Es pertinente mencionar que esta premisa sobre la historia no es algo nuevo, sino que ya ha sido objeto de discusión por autores como Bloch, Le Goff y Certeau, entre otros —Collingwood, Danto, White—,² que han contribuido con su reflexión a este problema. Bloch, en su *Apología sobre la labor del historiador y de la historia*, expresó su recelo sobre la pretensión de cualquier historiar “objetivo” o positivo que desdeña el hecho de que el historiador, más que encontrar la historia, la construye. Le Goff, en su obra *Pensar la Historia*, afirma la construcción del hecho histórico y la ausencia de inocencia del documento. Mientras que Certeau distingue entre *el aparato explicativo*, que constituye el proceso de construir la historia y de otorgarle inteligibilidad al conjunto de datos o hechos sobre los que el historiador trabaja en el presente, y *lo explicado*, que abarca los documentos y los datos que pertenecen al pasado.

Aún más, se podría recurrir a personajes como Dilthey, Croce, Lovejoy, Bachelard, Weber, Luckács, Huizinga, Cassirer, Kuhn, Foucault,

Lévi-Strauss, Koselleck, para reforzar la idea de una historia que se construye con el fin de otorgarle un sentido a “los hechos” para organizarlos y hacerlos comprensibles, es decir, para pensar la historia como un “proceso epistemológico” que se conduce en busca del orden, la sistematización, la comprensión de algo tan intrincado como el tiempo.

Aunque por ahora no se ahonda en cada una de las contribuciones de estos autores, basta decir que esa primera afirmación sobre la arbitrariedad de la historia es de utilidad para la comprensión de cualquier concepto histórico y de su construcción a partir de la continuidad o de la discontinuidad, entendiéndolos como recursos deliberadamente elegidos por el historiador. Por esta razón es importante rescatar la idea —ampliamente discutida— de que la historia debe comprenderse como un constructo deliberado e intencionado y no como el resultado de algo “dado” (la naturaleza o el pasado) que está esperando a ser descubierto y narrado. La historia es, por decirlo de alguna forma, el modelado de un conjunto de lecturas y relecturas de documentos, datos y eventos que, a través de sus interpretaciones, se conduce hacia el cumplimiento de ciertos objetivos diseñados por el historiador, como si se dirigieran hacia la elaboración de una maqueta premeditada (sin que esto signifique que no pueda transformarse o modificarse en el proceso a causa del hallazgo de nuevos documentos o información).

Lo relevante de estas afirmaciones es que la historia se *construye* “de una o de otra manera” en función de cierta intención u objetivo. Esto no ha de restarle valor a la historia, sino que ha de permitir considerarla a su vez como un producto de su tiempo, de su contexto —cualquiera que éste sea: político, económico, social y cultural—, y de la asimilación dinámica que el historiador logra de la información recabada, es decir, hay que entender la historia como un producto humano e histórico también³ y, por lo tanto, más problemático que concluyente o definitivo. Esto queda expresado, por ejemplo, en el prefacio realizado por Le Goff dedicado a la apología que Bloch hace de la historia y del historiador.

Lo que Marc Bloch no aceptaba de su maestro Charles Seignobos, principal representante de esos historiadores “positivistas”, era que comenzara el trabajo del historiador tan sólo con la recabación de los hechos, mientras que una fase anterior y esencial exigía del historiador la conciencia de que el hecho histórico no es un dato ‘positivo’, sino el producto de una construcción activa de su parte, para transformar la fuente en documento y luego constituir esos documentos y esos hechos históricos en problema.⁴

Hasta aquí hay dos conceptos que conviene tener en consideración para comprender a qué hace referencia la “intencionalidad” de la historia de la que se viene hablando, así como su carácter deliberado o su naturaleza como discurso construido y elaborado bajo cierto propósito: la noción de *escritura* –del hecho histórico– y la idea de *memoria* que se construye, entre otras cosas, gracias al documento.⁵ Ninguno de estos dos conceptos debe considerarse aquí como instrumento “objetivo” de la historia, al contrario, ambos se caracterizan porque su configuración está sometida a un contexto “histórico” y a los procesos políticos y sociales que en éste se despliegan.⁶

Puede parecer más sensato iniciar la reflexión con el concepto de “hecho histórico” para después continuar con el de *escritura*, sin embargo, debido a esta pretendida “intencionalidad” de la que se viene hablando, debe pensarse el primero subsumido a la segunda a razón de que, como se ha venido diciendo, el hecho histórico no se presenta crudo, sino que se filtra a través de la mirada y la voz del testigo en su relato o por medio de la mano del historiador. Esto remite de nuevo a la idea inicial de que la historia se construye deliberadamente en la medida en que es escrita. Y aunque podría parecer contradictorio con la idea de historia, se debe recordar que la historia toma existencia cuando se escribe y se constituye como discurso:

La historiografía (es decir “historia” y “escritura”) lleva inscrita en su nombre propio la paradoja –y casi el oxímoron– de la relación de dos términos antinómicos: lo real y el discurso [...]. ¿Qué alianza existe entre la *escritura* y la historia? [...] Desde este punto de vista, el nuevo examen de la operatividad historiográfica desemboca, por una parte, en un problema político (los procedimientos propios de un “hacer historia” nos remiten a una manera de “hacer la *historia*”), y por otra parte, en la cuestión del sujeto

(el cuerpo y la palabra enunciativa), cuestión rechazada a la zona de la ficción o del silencio por la ley de una escritura “científica”.⁷

III

En este párrafo se exponen dos de los elementos que están en juego cuando se habla de la *escritura* de la historia: el problema político y la cuestión del sujeto. El historiador elabora un discurso en la medida en que “hace historia”⁸ porque el proceso de narración, aunque se origine con el documento o el vestigio, es un proceso discursivo y, como proceso discursivo, es también un proceso epistemológico que ordena la información en atención a fines u objetivos específicos. Podría decirse que estos objetivos son de carácter político debido a que están dirigidos a exponer no sólo los contenidos fácticos sino un mensaje, un discurso. Por otro lado, esta acción de ordenar “los hechos” o la información histórica es realizada por un sujeto que los interpreta y organiza en función de sus propósitos (políticos, morales o epistemológicos).

El *problema político* revela que “la historia también es una práctica social”,⁹ como asegura Le Goff. Lo primero que se habrá de entender es que el discurso histórico cuando se construye como una narrativa (recuérdese que una de las características que permiten hablar de la intencionalidad de la historia es la *escritura*) recurre al lenguaje. Este recurso del lenguaje plantea cuestiones epistemológicas importantes, como el mismo problema de la “verdad”, pues “[...] las narraciones no constan solamente de enunciados fácticos (proposiciones existenciales singulares) y de argumentos; constan también de elementos poéticos y retóricos a través de los cuales lo que de otro modo sería una lista de hechos se transforma en relato”.¹⁰ Los recursos literarios o el tipo de lenguaje a los que recurre el historiador para construir su narración están dirigidos a producir efectos deliberados. Es distinto, por ejemplo, mencionar con una afirmación llana el dato de la proclamación en Francia de la *Declaración de los derechos*

del hombre y del ciudadano el 26 de agosto de 1789, que expresar la misma información de la siguiente manera:

No podemos detenernos en la relación entre la tradición cristiana y el nuevo constitucionalismo, que acaso representa el fenómeno más fascinante y grandioso de toda la historia moderna y tiene su epicentro en el tránsito entre la declaración estadounidense de independencia en 1776, aún embebida de principios teológicos y políticos tomados en préstamo de la tradición medieval, y la declaración francesa de agosto de 1789, que incorpora esos principios.¹¹

La historia hace uso del lenguaje porque es narrativa y se configura como relato, esto es porque se expresa a través de la escritura. El uso del lenguaje narrativo acarrea un problema que parece, en primera instancia, de competencia epistemológica, pero este problema de la verdad o de la relatividad que exhibe el recurso lingüístico resulta en otra serie de problemas, como la cuestión política (en cuanto intencionalidad del lenguaje), la cuestión social (en la medida en que el lenguaje es agente de alteración o variación de las relaciones entre grupos o individuos), y la cuestión ética (en cuanto al sesgo en su uso). Las tres cuestiones están vinculadas; la intencionalidad, el sesgo y la variación producida por los mismos se podrían incluir en una sola dimensión práctica, esta es la razón de que autores como Danto sugieran que la historia tiene que ver más con un tipo de acción práctica que teórica.¹² Por lo tanto, el uso del lenguaje como instrumento de producción de la historia ha de recordar que no sólo es una vía de transmisión o emisión de información, sino que es principalmente “[...] un medio de acción y de intervención política [...] un dispositivo que permite construir y modificar las relaciones de los interlocutores, sean éstos individuos o grupos sociales definidos”.¹³

IV

A esta cualidad de la escritura de la historia se le podría llamar “dimensión pragmática” —o “significación pragmática” como la denomina

Danto—,¹⁴ que inicia con la selección previa del documento histórico, continúa con el proceso de interpretación de la fuente y concluye con el relato. Collingwood contempló este aspecto de la historia como un valor o un propósito pragmático que permitía obtener o brindar “lecciones morales” a través de la narración histórica.¹⁵ Esta idea recoge una concepción de la historia como *Magistra Vitae*, según la consigna que le impuso en sus orígenes la sentencia ciceroniana en *De Oratore*.¹⁶ Es conveniente subrayar que para Collingwood este propósito de la historia es anticuado y ha caído en desuso porque sus resultados son forzados, además de que se refiere a un tipo de enseñanza moral distinta de la intención política de la que se ha venido hablando.

Por lo tanto, no es la teoría pragmática de Collingwood a la que se refiere el problema político expuesto hasta este punto de la argumentación, sino que se asemeja más a su idea de la “historia tendenciosa” que se distingue de la historia pragmática por la conciencia que tiene el historiador del sesgo con el que narra, haciéndolo evidente incluso en la narración: “...en la historia tendenciosa la moraleja ha penetrado en el proceso del pensamiento histórico y ha desempeñado un papel decisivo al determinar su formulación”.¹⁷ Aunque esta forma “tendenciosa” de la historia también es reprochable para Collingwood¹⁸ e incluso su denominación es peyorativa, es relevante mencionarla porque pone en la mesa de discusión una cuestión de importancia cuando se habla de la escritura de la historia: la tensión entre el relativismo y la objetividad del relato histórico. Si la reflexión sobre la escritura de la historia demanda que se considere la controversia entre relativismo y objetivismo,¹⁹ entonces la afirmación sobre la arbitrariedad de la historia con la que se inició esta nota obliga aún más a considerar los mismos problemas que trae consigo una proposición de este tipo —por ejemplo, la crítica al vicio de la “tendenciosidad” de la historia—. ²⁰ La premisa de la *cuestión política* exige, por lo tanto, la contemplación de otras posiciones, como las que se decantan por la escritura de una historia “neutral”. Cabe precisar que en esta nota no se ha pretendido proclamar una posición a favor del relativismo “absoluto” sino que, más

bien, se ha intentado destacar uno de los atributos que posee la historia como narración: su intencionalidad. Los estudiosos que se han inclinado por comprender la historia como un constructo deliberado, en oposición a una idea de historia sustantiva, destacan la subsistencia de intereses y elementos que están en juego en la configuración del relato y que se encuentran más allá de la historia, como lo expresa Danto:

Los relatos que los historiadores cuentan no han de ser relativos únicamente a su localización temporal, sino también a los intereses no históricos que tienen como seres humanos. Si estoy en lo cierto, existe un factor imprescindible de convención y arbitrariedad en la descripción histórica, el cual hace extremadamente difícil, si no imposible, hablar, como quiere el filósofo sustantivo de la historia, del único relato de la historia en su totalidad o, a este respecto, del único relato de cualquier conjunto de acontecimientos.²¹

Por esta razón, para Danto la significación pragmática sólo es una más entre otras significaciones de la historia. Es decir, toda historia es significativa. Las significaciones resultan de la explicación que hace el historiador de lo sucedido en su narración, porque la narración no es una mera descripción o enunciación sino el razonamiento de los hechos, entendiendo que: “[...] una narración es una estructura que se impone a los acontecimientos agrupándolos y prescindiendo de otros como irrelevantes”.²² La narración, por lo tanto, busca brindar un significado a los sucesos, para lo que es preciso interpretarlos y organizarlos. En otras palabras, la significación incita al historiador a discriminar entre “lo significativo” y lo trivial, por lo que difícilmente podría hablarse de una narración pura, como pretendían Ranke y Collingwood.²³ A esto se suma el desconocimiento de la totalidad del tiempo, pues sólo puede conocerse el tiempo parcialmente, se conoce su fragmentación (el pasado y el presente), mientras que la invisibilidad del futuro impide el conocimiento pleno de los acontecimientos. El relativismo se explica no sólo por la subjetividad con la que el historiador expone los hechos sino por los vacíos en el conocimiento del pasado “relativo” al conjunto total del tiempo.²⁴

En conclusión, sólo queda decir para finalizar esta breve nota que la selección del discurso narrativo con el que se construye la historia siempre cumple con algún objetivo político, social, cultural, religioso, epistemológico o de cualquier otra índole a la que se le denomina intencionalidad, lo que elimina del horizonte del historiador cualquier pretensión de neutralidad o de objetividad histórica. Esta ausencia de imparcialidad no tiene por qué ser perniciosa sino una condición que debe tener en cuenta el estudioso a la hora de realizar una aproximación crítica a la narración histórica.

Notas

¹ Consideré conveniente transcribir esta observación de Le Goff sobre el recelo que a los historiadores ocasiona la filosofía de la historia: “Comparto con la mayoría de los historiadores profesionales la desconfianza ante la filosofía de la historia, ‘tenaz e insidiosa’, que en sus diversas formas tiende a reconducir la explicación histórica al descubrimiento, o a la aplicación de una causa única y primera, a reemplazar precisamente el estudio mediante técnicas científicas de la evolución de las sociedades, mediante esta misma evaluación concebida en abstracciones fundadas en el apriorismo o en un conocimiento sumario de los trabajos científicos. Es motivo de gran estupor para mí la repercusión que tuvo el panfleto de Karl Popper, *The Poverty of Historicism* [1966] –cierto que sobre todo fuera de los ámbitos de los historiadores–. No se menciona allí a ningún historiador. Pero no hay que hacer de esta desconfianza entre la filosofía de la historia la justificación de un rechazo de este tipo de reflexión. La misma ambigüedad del vocabulario revela que la frontera entre las dos disciplinas, las dos orientaciones de investigación, no está trazada con exactitud ni es posible de serlo, cualquiera sea la hipótesis. El historiador no debe sacar la conclusión de que tiene que alejarse de una reflexión teórica necesaria para el trabajo histórico”. Jacques Le Goff, *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*, trad. Marta Vasallo, Paidós, Barcelona, 2005, p. 23.

² Se pueden revisar las siguientes obras: Arthur C. Danto, *Historia y narración*, Paidós, Barcelona, 2002; R. G. Collingwood, *Idea de la historia*, FCE, México, 2004; Hayden White, *El texto histórico como artefacto literario*, Paidós, Barcelona, 2003.

³ Braudel expresa algo semejante en la Lección Inaugural de la Cátedra de Historia de la civilización moderna en el College de France, de la siguiente manera: “La historia es hija de su tiempo [...] Si estamos en un nuevo mundo, ¿por qué no una nueva histo-

ria?”. Fernand Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, trad. Josefina Gómez Mendoza, Alianza, Madrid, 1970, pp. 19-22.

⁴ Jaques Le Goff, “Prefacio”, en: Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, trad. María Antonia Neira, FCE, México, 2001, pp. 14 y 15.

⁵ Es conveniente incluir también los “instrumentos de la memoria”, entre los que se deben considerar el archivo, la imagen, el testimonio, el ritual, la genealogía, la narración, el relato, la biografía, la conmemoración, la imagen, entre otros.

⁶ Le Goff expone esta intencionalidad como ausencia de objetividad e inocencia: “Pero así como en el siglo XX se hizo la crítica de la noción del hecho histórico, que no es un objeto dado puesto que resulta de la construcción de lo histórico, así también se hace hoy la crítica de la noción de documento, que no es un material bruto, objetivo e inocente, sino que expresa el poder de la sociedad del pasado sobre la memoria y el futuro: el documento es monumento”. Jacques Le Goff, *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso, op. cit.*, p. 11.

⁷ Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, Universidad Iberoamericana, Biblioteca Francisco Xavier Clavijero, México, 2006, p. 13.

⁸ *Ibidem*, p. 20.

⁹ Para situar el contexto de esta afirmación, aquí se transcribe: “Esto no quita que el horizonte de objetividad, que debe ser el del historiador, no debe ocultar el hecho de que la historia también es una práctica social, y que si se deben condenar las posiciones que en la línea de un marxismo vulgar o de un reaccionarismo más vulgar todavía confunden ciencia histórica y compromiso político, es legítimo observar que la lectura de la historia del mundo se articula con una voluntad de transformarlo (por ejemplo en la tradición revolucionaria marxista, pero también en otras perspectivas como la de los herederos de Tocqueville y Weber, que asocian estrechamente análisis histórico y liberalismo político). [...] toda historia debe ser una historia social”. Jacques Le Goff, *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso, op. cit.*, pp. 12-14.

¹⁰ Hayden White, *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos, op. cit.*, p. 191.

¹¹ Paolo Prodi, *Una historia de la justicia. De la pluralidad de fueros al dualismo moderno entre conciencia y derecho*, Katz, Madrid, 2008, p. 388.

¹² Fina Birulés, “Introducción”, en: Arthur C. Danto, *Historia y narración, op. cit.*, pp. 16-20.

¹³ Silvia Gutiérrez Vidrio, “El discurso político. Reflexiones teórico-metodológicas”, *Versión 10*, UAM-X, México, 2000, pp. 109-125.

¹⁴ Sobre la significación pragmática de la historia, Danto expone la cuestión de los objetivos de la historia: “A veces un historiador escoge un cierto suceso o individuo para escribir una narración, porque ese objeto tiene, para él, un interés moral, de for-

ma que, además de escribir lo que sucedió precisamente, espera establecer alguna clase de conclusión moral. Su narración estará al servicio, entonces, de algún objetivo más allá o más acá de decirnos qué es lo que realmente sucedió”. Arthur C. Danto, *Historia y narración*, *op. cit.*, pp. 85 y 86.

¹⁵ De la misma manera, Collingwood contempla esta forma de hacer historia como una función pragmática: “En este punto puede sugerirse que el propósito de la historia es pragmático; es decir, que su valor consiste en la moraleja que podemos derivar de ella para guiarnos en nuestra acción presente”. R. G. Collingwood, *Idea de la historia*, *op. cit.*, p. 487.

¹⁶ Cicero, *De Oratore*, Vol. I, libro II, Harvard University Press, London, p. 224, § 36.

¹⁷ R. G. Collingwood, *Idea de la historia*, *op. cit.*, p. 488.

¹⁸ Collingwood apelando a la imparcialidad de la historia expresa que: “Así, no es función del historiador juzgar sino explicar; y explicar siempre es justificar, mostrar la racionalidad de lo que se explica [...] La verdadera historia debe ser absolutamente desapasionada, absolutamente desprovista de todo juicio de valor, de cualquier índole que sea.” *Ibidem*, p. 492.

¹⁹ Para Danto se podrían sintetizar estas dos posiciones en la disputa entre historia substantiva y una analítica.

²⁰ R. G. Collingwood, *Idea de la historia*, *op. cit.*, p. 489.

²¹ Arthur C. Danto, *Historia y narración*, *op. cit.*, p. 51.

²² *Ibidem*, pp. 83 y 84.

²³ Expresa Ranke su interés en una narración pura: “Una representación estricta de los hechos, ya sea tan estrecha y poco poética, es, sin lugar a dudas, la primera ley”. La traducción es mía, puede consultarse el original en: Philip A. Ashworth, *Preface*, en: Leopold Von Ranke, *History of the Latin and Teutonic nations from 1494 to 1594*, London, Chiswick Press, 1887. p. VI. Y Collingwood a su vez afirma: “Y, por lo tanto, aunque todos nos acercamos a la historia infectados de tendenciosidad, nuestra auténtica labor histórica debe consistir, en gran parte, en superarla y deshacernos de ella, esforzándonos por ponernos en un marco mental que no tome partido y que no encuentre regocijo en otra cosa más que en la verdad”. R. G. Collingwood, *Idea de la historia*, *op. cit.*, p. 489. A este respecto expresa Danto que: “Si decir precisamente lo que sucedió significa lo que algunos críticos de Ranke parecen pensar que él quería decir, lo que Ranke hubiera producido, de forma ideal, ni siquiera hubiera sido una *pura* narración: porque no sería una narración”. Arthur C. Danto, *Historia y narración*, *op. cit.*, p. 83.

²⁴ Arthur C. Danto, *Historia y narración*, *op. cit.*, pp. 54-56.

Referencias

- ASHWORTH, Philip A., *Preface*, en: Leopold Von Ranke, *History of the Latin and Teutonic nations from 1494 to 1594*, Chiswick Press, Londres, 1887.
- BRAUDEL, Fernand, *La historia y las ciencias sociales*, trad. Josefina Gómez Mendoza, Alianza, Madrid, 1970.
- CICERO, *De Oratore*, Vol. I, libro II, Harvard University Press, Londres, 1967.
- COLLINGWOOD, R. G., *Idea de la historia*, FCE, México, 2004.
- DANTO, Arthur C., *Historia y narración*, Paidós, Barcelona, 2002.
- DE CERTEAU, Michel, *La escritura de la historia*, Universidad Iberoamericana, Biblioteca Francisco Xavier Clavijero, México, 2006.
- GUTIÉRREZ VIDRIO, Silvia, “El discurso político. Reflexiones teórico-metodológicas”, *Versión 10*, UAM-X, México, 2000, pp. 109-125.
- LE GOFF, Jaques, *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*, trad. Marta Vasallo, Paidós, Barcelona, 2005.
- _____, “Prefacio”, en: Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, trad. María Antonia Neira, FCE, México, 2001.
- PRODI, Paolo, *Una historia de la justicia. De la pluralidad de fueros al dualismo moderno entre conciencia y derecho*, Katz, Madrid, 2008.
- WHITE, Hayden, *El texto histórico como artefacto literario*, Paidós, Barcelona, 2003.

